

# Cotidianidad

Había sido un día de trabajo especialmente duro. Estaba deseando llegar a casa y cambiarme de ropa. Cerré la puerta y colgué el bolso en el perchero. «Por fin en casa», pensé. Hacía mucho calor y la ventana del salón, que había dejado abierta antes de irme, permitía que el aire nocturno circulase por la casa, aunque fuese ligeramente cálido y soporífero. Ni siquiera me molesté en cerrar las cortinas, me dirigí a la habitación, encendí la luz y me quité la ropa dejando a mi paso rastros de prendas por el suelo.

El rubor en su cara era palpable. Su lengua húmeda mojaba los labios continuamente en un acto reflejo. Dos círculos pequeños y bien definidos querían escaparse de su cárcel de sujeción, haciéndose claramente visibles a través de la tela translúcida de su camisa. Pequeñas partículas de sudor compitiendo en una carrera por alcanzar los botones de su blusa antes de separarse de los ojales, recorriendo su abdomen. La primera prenda tocó el suelo, seguida por el sujetador y las zapatillas, que salieron volando hacia una esquina del salón. Tensó la correa del cinturón para desbloquear la hebilla y poder aflojarlo con delicadeza mientras las gotas del pecho seguían su particular carrera. El pantalón ganó ventaja cayendo rápidamente y dejando entrever unas braguitas de encaje rosa que rozaron la piel de sus nalgas hasta desplomarse también, permitiendo que la humedad fluyera entre sus piernas.

Solo una ducha podría quitarme de encima el regusto húmedo y pegajoso de todo un día yendo de un lado a otro y soportando las altas temperaturas. Me fui al baño sin pensarlo dos veces, no sin antes mirarme un rato en el espejo. «El gimnasio empieza a dar sus frutos», me dije satisfecha. Abrí el grifo de la ducha para que el agua corriese, dejando la puerta abierta para que el vapor no empañase la mampara de golpe. La ventana del salón, que apuntaba directamente a la bañera, creaba una corriente de aire y agua muy refrescante.

Ejecutaba una danza semitribal frente al espejo, revolviendo sus caderas en los tres ejes del espacio. El vapor del agua se confundía con la exudación de su cuerpo y una niebla de sensaciones húmedas se apoderó del lugar. La lluvia de la ducha la inundó, acariciándola con fuerza y delicadeza al mismo tiempo. Su boca entreabierta dibujaba un gesto de alivio y placer fresco, mientras el agua se despeñaba por cada saliente de su cuerpo y el olor a coco y vainilla se abría paso entre la neblina del salón. Cuando el vaho pintaba la mampara haciéndola translúcida, la silueta de su cuerpo se saltaba la bruma dibujando grandes circunferencias sobre el cristal, dejando entrever las curvas que esculpían su cuerpo desnudo. Por el movimiento continuo de su abdomen se podía intuir una respiración acelerada, como si algo la estuviera poseyendo.

«¡Buf!, qué bien siento una ducha después de un día tan largo» dije en voz alta aún a sabiendas de que nadie me respondería. Me fui de nuevo a la habitación, caminando

despacio y disfrutando del aire exterior que golpeaba mi pecho mientras me secaba el pelo y el cuerpo con la toalla. Una vez estuve en la habitación, me senté en la cama para ponerme un nuevo aceite corporal que había comprado hacía dos días.

Una toalla blanca recorría su cabeza como un *hiyab* acentuando el contraste con su piel dorada por la exposición prolongada a la luz solar. El agua seguía resbalando por sus brazos, su pecho y sus piernas y el sonido del aceite estrujado repartiéndose por sus manos anticipaba la llegada de un momento íntimo. El deleite en su cara estaba acompasado por mordiscos en los labios y el sutil parpadeo de sus párpados entreabiertos. Sus dedos trataban de alcanzar cada rincón de su cuerpo, deslizándose con firmeza mientras barnizaban su piel con un brillo casi cegador. En ocasiones las dos manos trabajaban juntas. En otras, cada una seguía su propio camino, buscando un mayor grado de satisfacción. Por momentos, los gemidos resonaban en las paredes del cuarto.

Un leve cosquilleo en el estómago me recordó que no había comido nada desde hacía horas. Me moví a la cocina para comer algo de fruta. Cogí unas cuantas fresas, medio melón y un plátano. «Me encanta la fruta de verano» pensé para mí mientras salivaba. Me las llevé al salón en un bol que tenía en una cajonera y me senté en el sofá a comer tranquilamente mientras la brisa, menos cálida, del exterior me refrescaba.

Comenzó con pequeños mordiscos indoloros pero intensos, mojando sus labios. Su lengua, ya humedecida, disfrutaba del frescor frutal y con delicadeza, sus dedos, que sabían sin duda lo que hacer, circulaban cautelosos por los extremos. Algunas gotas se deslizaban hacia el sofá grisáceo de su salón y otras se quedaban atrapadas en el borde de sus labios. Con cada bocado, su interior se volvía más visible y sin prisa, para poder disfrutarla en su plenitud, introducía más su lengua en ella. Sus dedos, se deslizaban por el interior, aprovechando la humedad y el frescor que desprendían formando a consecuencia un surco mojado sobre el sillón. Cada vez con más rapidez y más vigor, disfrutando con sus labios, hasta que por un solo segundo, todo pareció apagarse.

Me dirigí a la ventana y pasé las cortinas, no sin antes guiñarle un ojo a la chica de la casa de enfrente.